

Esto Es Mi Cuerpo

CARTA PASTORAL SOBRE LA SAGRADA EUCARISTÍA

para el clero, los religiosos y los laicos de la Diócesis Católica de Albany

por

Mons. Edward B. Scharfenberger, D.D., obispo

23 de junio de 2019

Solemnidad del Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo



Prólogo

La respuesta abrumadoramente positiva al Congreso Eucarístico del año pasado dejó muy claro que el pueblo de nuestra diócesis está hambriento de una relación más profunda con Jesucristo en la Eucaristía. Qué hermoso espectáculo fue ver a más de 4.000 personas de todas las edades y orígenes convergiendo en Auriesville para celebrar y recibir a Jesús en la Eucaristía, fuente y cumbre de nuestra fe. La Carta Pastoral que sigue es una continuación de lo que comenzamos en ese hermoso día de otoño. Considérenla como un mini retiro, un trampolín para su propia reflexión sobre lo que es realmente la Eucaristía y lo que significa para ustedes.

Agradezco a todos los que me han animado y colaborado conmigo para llevar a buen término esta Carta Pastoral. En especial, quiero reconocer al Padre Robert Longobucco por su trabajo sustancial en su estructura y contenido, y a los Padres Anthony Barratt y David LeFort, y Mary DeTurris Poust, y sus colegas, por su inestimable ayuda en la revisión y edición de los borradores.

Los animo a leer lentamente esta Carta Pastoral, a releerla, a tratarla como una *Lectio Divina*, esperando una frase u oración que hable a su alma y luego tomen esas palabras y méditenlas en su corazón, permitiendo que el Espíritu te hable. Espero que no sea demasiado larga, pero no tienen que apresurarse. Tómense el tiempo para reflexionar, para contemplar y, con suerte, para disfrutar. Cuando terminen, podemos hablar de ello y compartir nuestras ideas. Y qué mejor momento para empezar que la Fiesta del Corpus Christi. — Mons. Edward B. Scharfenberger, obispo

Introducción

«Esto es mi Cuerpo... Esta es mi Sangre». Con estas palabras humildes y generosas, con los sencillos dones del pan y del vino transformados en verdaderamente divinos, nuestro Señor Jesucristo instituye su presencia perdurable y amorosa en medio de nosotros para siempre y en todo lugar. Su mandato, «Hagan esto en memoria mía», nos confía este don y nos hace partícipes de una acción santa en la que no sólo se consagra el pan y el vino, sino que nosotros mismos nos transformamos en «estirpe elegida, sacerdocio real, nación consagrada, pueblo de... Propiedad [de Dios]». ¹

Como católicos, la Eucaristía es nuestro mayor tesoro, la verdadera medida de nuestra dignidad y pertenencia al mundo. Es el sacramento de los sacramentos² en el que nos sentimos atraídos a una «santa comunión» con el Señor y en el que llegamos a conocerlo verdaderamente, y por medio de esta comunión, a nuestro mundo y a nosotros mismos. Nos regocijamos de que

¹ Prefacio I para los domingos del Tiempo Ordinario

² *Catecismo de la Iglesia Católica* (CIC), 1210

unidos somos el Cuerpo de Cristo: así como Cristo habita personalmente dentro de cada uno de nosotros.

La centralidad de la Eucaristía: un regalo de sanación para nuestro mundo y para nosotros

Podemos tan fácilmente sentirnos abrumados por todo el sufrimiento y las necesidades múltiples —e incluso desesperadas— de nuestro mundo. Muchos viven en la ansiedad y al borde de la desesperación. Tantas divisiones parecen abrumar nuestro deseo de comunión y comunidad. Y a pesar de toda la gente que nos rodea y el acceso a los medios sociales, ¡cuánta soledad!

También buscamos el sentido de nuestras vidas y la necesidad de dirección y propósito. A medida que nuestros horizontes se expanden y nuestro mundo se vuelve cada vez más complejo, a medida que se multiplican las opciones y las avenidas de oportunidad, es más difícil encontrar dónde encajamos, cómo y por qué importamos, y cómo podemos hacer una diferencia. Mientras que la tecnología y la era de la información han aumentado esta ansiedad, este sentido de necesidad de saber a dónde pertenecemos y quiénes somos es antiguo y podemos ver cuán consciente de ello fue Jesucristo a lo largo de su vida terrenal. De hecho, aquellos que no tienen lugar en el mundo —los leprosos, los recaudadores de impuestos y los pecadores—, Jesús parecía tener una atracción especial hacia ellos en su corazón. Estaba decidido a mostrar que Dios ama a todos, y que todos poseen una llamada a la santidad, un lugar especial en su misión.

La noche antes de su muerte, Jesucristo nos dio la respuesta que esperamos con un acto de amor, sencillo y profundo. Él nos dio la Eucaristía. Mientras oraba sobre los dones de pan y vino, prometió estar entre nosotros, con nosotros y para nosotros para siempre. La Eucaristía resume todo lo que él quiere decirnos, todo lo que ha hecho por nosotros, todo lo que somos. Encontramos el fundamento de nuestro propósito, nuestro destino y en realidad nos encontramos a nosotros mismos en este encuentro con Jesucristo.

Jesús verdaderamente presente en la Eucaristía y su sacrificio se hace verdaderamente presente

Cuando el Señor quiso darnos su ser completo, no hizo las cosas a medias. Se vació de su propia vida y la derramó en la cruz. Cuando instituyó la Eucaristía, no entregó menos que eso. Él está verdaderamente presente en el sacrificio del altar, donde su sacrificio en la cruz de una vez por todas se hace presente de nuevo.³

Nacido judío, Jesús siempre se inspiró en su religión. Todo lo que hizo fue sumergido en el contexto del judaísmo.⁴ La Eucaristía no es una excepción, porque es la alianza final que

³ Concilio de Trento, Sesión XXII, Capítulo 1

⁴ Por ejemplo, ver: Brant Pitre, *Jesus and the Jewish Roots of the Eucharist [Jesús y las raíces judías de la Eucaristía]*

culmina todas las otras alianzas que unieron a Dios con Israel. Jesús es el cordero inocentísimo del sacrificio de la Pascua.⁵ De hecho, el contexto pascual de la Eucaristía es crítico para que la entendamos como fiesta de memorial. Los que celebraban la Pascua siempre la habían entendido no sólo como un recuerdo de un acontecimiento decisivo de su historia, sino como una manera de estar realmente presentes con ella, incorporada en la historia de la primera Pascua. Lo que se rememora se vuelve de alguna manera real y presente. Por lo tanto, el pueblo judío celebra no sólo su liberación histórica como antiguos esclavos en Egipto miles de años antes, sino su elección y salvación en el presente.

Por supuesto, cuando celebramos la Eucaristía, es infinitamente más que el relato de la historia de una última comida entre amigos que Jesús quiso compartir con sus discípulos. Más bien, es la historia y la realidad presente de la salvación que él ganó para nosotros y que nos llega aquí y ahora, que está siempre y en todas partes en acción en nuestras vidas. Jesús es el verdadero pan del cielo, la perfección del maná que nutrió a Israel durante su peregrinación por el desierto (Juan 6, 48-51). De hecho, se realiza la esperanza de los judíos de un maná nuevo y superior entregado por el Mesías.⁶

Por supuesto, ya que el maná dado al pueblo de Israel mientras viajaba por el desierto era un alimento real, el nuevo maná tenía que ser más que un símbolo, si es que iba a ser la piedra angular de un nuevo pacto. Jesucristo está verdaderamente presente en el pan y el vino que recibimos en la Misa. Este es el testimonio intachable del Nuevo Testamento y de los Padres de la Iglesia. Nuestra fe católica (y compartida por otras tradiciones cristianas) es que cuando Jesús dijo «Esto es mi Cuerpo... esta es mi Sangre», en la Última Cena, *realmente* quiso decir lo que dijo. No dijo: «Esto es una *semejanza* de mi Cuerpo», ni «Esto es *sólo un símbolo* de mi Sangre». No; dijo: «Esto es mi Cuerpo... esta es mi Sangre».⁷ ¿De qué otra manera podría ser realmente un verdadero y total regalo de amor, si no nos estuviera dando a sí mismo?

San Pablo también lo deja claro en su relato directo de una tradición bien conocida dentro de los 25 años de la muerte y resurrección de Jesús:

«El Señor, la noche que era entregado, tomó pan, dando gracias lo partió y dijo: "Esto es mi cuerpo que se entrega por ustedes. Hagan esto en memoria mía". De la misma manera, después de cenar, tomó la copa y dijo: "Esta copa es la nueva alianza sellada con mi sangre. Cada vez que la beban háganlo en memoria mía"». (1 Corintios 11,23-25)

⁵ Juan 1, 29

⁶ Cf. Juan 6

⁷ Concilio de Trento, Sesión XIII, Capítulo 1. También ver Juan 6, 51-52

Poco más de 100 años después, San Justino Mártir escribe sobre el acuerdo unánime de todos los Padres de la Iglesia:

«Porque no los tomamos como pan o bebida comunes, sino que, así como Jesucristo, Nuestro Salvador, se encarnó por virtud del Verbo de Dios para nuestra salvación, del mismo modo nos han enseñado que esta comida —de la cual se alimentan nuestra carne y nuestra sangre— es la Carne y la Sangre del mismo Jesús encarnado».⁸

Desde el principio, en el corazón mismo de nuestra teología, está la idea de que Jesús realmente se entregó en la Eucaristía. Él está presente, cuerpo, sangre, alma y divinidad, «contenidos verdadera, real y substancialmente... y, por consiguiente, Cristo entero».⁹ Como católicos creemos y nos maravillamos de que, así como el Verbo eterno de Dios se encarnó y habitó entre nosotros como verdaderamente humano, así Jesús se encarna, de manera sacramental, en cada Misa y habita entre nosotros. Como su cuerpo no había terminado con la vida aún después de haber sufrido la crucifixión, así su presencia en la tierra no desapareció en su Ascensión.¹⁰ Él todavía viene a nosotros en la Eucaristía, para que podamos encontrarnos nuevamente con nuestro Dios.

Una Sagrada Comida que representa todo el «Misterio Pascual»

Jesús quiso que la Eucaristía incluyera toda su vida. Recibimos todo lo que Jesús es, así como abrazamos la historia de los que amamos. La Eucaristía transmite la vida, las palabras y las obras poderosas de Cristo. Aquí encontramos a Jesús, crucificado y resucitado, y también a Jesús, cabeza, sanador y que realiza las obras poderosas. Recibir este don nos conforma más estrechamente a la vida de Jesús y nos hace más capaces de decir palabras de amor como él lo hizo, de establecer y cumplir las normas de justicia como él lo hizo, de alimentar a los hambrientos y de sanar como él lo hizo.

Sabemos que las comidas y el comer son vitales para nuestra vida humana. Comemos para sobrevivir, por supuesto. Sin embargo, para los seres humanos, comer juntos es mucho más que eso: es algo rico en significado y simbolismo. Comer juntos construye conexiones y relaciones. A menudo durante una comida compartimos recuerdos y creamos otros nuevos, y podemos construir lazos, fortalecer lazos y solidificar nuestra identidad. Pasado, presente y futuro de alguna manera se unen. Es por eso que los momentos o eventos claves en nuestras vidas como los bautismos, bodas, funerales, cumpleaños, aniversarios y graduaciones son a menudo celebrados y completados con algún tipo de comida.

⁸ San Justino Mártir, *Primera Apología*, capítulo 66

⁹ Concilio de Trento, Sesión XIII, primer decreto; cf. CIC, 1374

¹⁰ Mateo 28, 20

No debe sorprendernos entonces que Dios haya tomado esta acción tan humana de comer junto con todo su significado y asociaciones más profundas y la haya escogido como LA forma de estar con nosotros y de edificar nuestra familia eclesial. De hecho, gran parte de la vida terrenal de Jesús puede rastrearse a través de las comidas que compartió. Enseñaba y sanaba en las comidas y, lo que fue aún más osado, invitaba a los recaudadores de impuestos, prostitutas y parias a su mesa. Cada una de sus comidas era una mesa de bienvenida para los pecadores. Y así sigue siendo.

La Última Cena fue la suma perfecta de todas esas comidas. Ocurrió en la comida más importante de su fe judía, la Pascua, cuando Jesús se ofreció a sí mismo como el cordero sin mancha para ser ofrecido como oblación en la cruz. Su intención es que recordemos específicamente su pasión y su sacrificio en los que ofreció su Cuerpo y Sangre por nosotros. Esto es lo que conmemoramos, un regalo perfecto de amor, el anonadamiento de Dios para el pueblo de Dios. La cruz es la pasión que sentimos en la comunión. Sabemos, también, que no somos dignos de tal don. En la Misa nos hacemos eco de las palabras del centurión: «Señor, no soy digno...».¹¹

La Eucaristía, por supuesto, hace presente el sacrificio, pero también celebra así el triunfo del amor que la resurrección afirmará. El Espíritu Santo que transforma el pan y el vino es el mismo Espíritu vivificante que resucitó a Jesús de entre los muertos. Es el cuerpo de Cristo resucitado y glorificado que recibimos. «Cada celebración de la eucaristía es un rayo de ese sol sin ocaso que es Jesús resucitado».¹² La promesa de vida eterna de Jesús está incrustada en la Eucaristía y nuestra participación en ella es un anticipo del cielo. Podemos recordar la hermosa oración atribuida a Santo Tomás de Aquino: «¡Oh sagrado banquete, en el cual Cristo se nos da como alimento, se hace un recuerdo de su pasión, el alma se llena de gracia y se nos da una prenda de la vida eterna!».¹³

El corazón de la Iglesia es el corazón del pueblo: un pueblo eucarístico con un corazón eucarístico

«[Cristo] todo lo ha sometido bajo sus pies, y lo ha nombrado, por encima de todo, cabeza de la Iglesia, que es su cuerpo y plenitud de aquel que llena completamente todas las cosas». (Efesios 1,22-23). La Iglesia cumple la misión de Jesús: en efecto, no tiene otro propósito que el de servir al Evangelio. Cristo dio a la Iglesia todo lo necesario para evangelizar el mundo. Su única medida de éxito es reflejar la sabiduría, gloria y salvación de su Señor.

¹¹ Mateo 8, 8

¹² Papa Francisco, Audiencia General, 22 de noviembre de 2017

¹³ Atribuido a Santo Tomás de Aquino, «O Sacrum Convivium». Véase también Liturgia de las Horas, Solemnidad del Cuerpo y la Sangre de Cristo, antífona del Magnificat.

Esta misión sería imposible sin la Eucaristía. Para Cristo, darlo todo significa que no puede retener este don. El amor no puede retener nada. Y en el don misericordioso de la Sagrada Comunión, su donación de sí transforma a las personas que la reciben en su Cuerpo, listas para realizar acciones santas en este mundo. Él está verdaderamente presente en la Iglesia de esta manera extraordinariamente íntima. La Iglesia actúa como sacramento de Cristo, «signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano»,¹⁴ y la Eucaristía representa perfectamente la relación entre Dios, la Iglesia y la humanidad. Por eso es tan necesario recibir la Eucaristía semanalmente, porque es el deseo de Cristo que sepamos que estamos unidos a él y que él está unido a nosotros.¹⁵ Cuando olvidamos o ignoramos esto, olvidamos quiénes somos y quién es Dios, y perdemos nuestro camino hacia el verdadero amor y la felicidad.

La tarea o misión de la Iglesia es proclamar y celebrar la experiencia de la presencia de Cristo, pero luego compartirla en comunión con los demás. El don generoso de Cristo de la Eucaristía es la mayor garantía de que su vínculo con los que vino a salvar permanecerá intacto. Cuando la Iglesia no cumple con la norma establecida por Jesucristo en la Eucaristía, cuando no se entrega por completo, le falla a Cristo y a su pueblo. Cuando vence en esa prueba y refleja esa intimidad eucarística en sus palabras y acciones, cumple su propósito divino, su misión en la tierra.

Las «presencias» de Cristo en la celebración eucarística y sus efectos

La Constitución del Concilio Vaticano II sobre la Sagrada Liturgia, *Sacrosanctum Concilium*, identificó las cuatro presencias de Cristo en la Misa: el sacerdote, la Palabra de Dios, el pueblo reunido y los sacramentos, especialmente y sobre todo en la Eucaristía.¹⁶ Por lo tanto, cada una de las presencias de Cristo en la Misa informa y profundiza nuestra comprensión de la Eucaristía.

El sacerdote: in persona Christi capitis (en la persona de Cristo, Cabeza)

El sacerdote que preside la Misa actúa *in persona Christi capitis*, en la persona de Cristo cabeza. Se le ha dado este asombroso poder y dignidad como un servicio a toda la Iglesia. El sacerdote está «ordenado» para eso mismo. Por su propia naturaleza, entonces, el papel del sacerdote apunta más allá de sí mismo, a Jesucristo. Con la gran responsabilidad de la cual está revestido el sacerdote, es fácil atraer la atención a sí y distraerla de la Eucaristía misma. Aunque rara vez se hace intencionadamente, el enfoque puede cambiar, de la acción de realizar la Eucaristía al

¹⁴ Concilio Vaticano II, *Lumen Gentium* n. ° 1

¹⁵ *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. ° 1389

¹⁶ *Concilio Vaticano II, Sacrosanctum Concilium* n. ° 7

sacerdote mismo, especialmente cuando se basa en un estilo particularmente dramático o idiomático, o cuando el sacerdote altera las oraciones o los gestos de la Misa.¹⁷

El sacerdote debe hacer todo lo posible para que aquellos a los que sirve, a través de las conmovedoras palabras de las Plegarias Eucarísticas, puedan vivir en medio de ellos el gran milagro que está sucediendo. Él sirve como constructor de puentes de la comunión de todos los creyentes, porque es un conducto de la gracia y no su fuente. Como dijo Juan el Bautista de su relación con Jesús: «Él debe crecer y yo disminuir». (Juan 3,30)

Al mismo tiempo, el sacerdote debe dar a las palabras el poder y la energía que poseen y no permanecer impasible ante el acto impresionante que tiene el privilegio de presidir. Él debe comprometerse con el misterio e invitar a la gente a compartirlo, dirigiendo su atención intensa y orante a la maravilla que aparece ante ellos.

Cuando comienza la Misa, no «saludamos a nuestro celebrante», el Padre fulano —tal vez haya tiempo, ojalá, para hacerlo después de la Misa—, sino que nos unimos en oración, comenzando con un canto de alabanza al Señor y un acto de acción de gracias por la misericordia de Dios en el rito penitencial. Nos estamos preparando para escuchar la Palabra de Dios y, esperemos, para una apertura reflexiva de esa Palabra en nuestros corazones a través de una homilía que nos lleve más profundamente al corazón de Dios. Esta «Liturgia de la Palabra» y las oraciones de intercesión siguientes ayudan a «poner la mesa» para la fiesta de amor que Jesús pone ante nosotros. Con oración y reverencia, el sacerdote nos ayuda a entrar en ese misterio.

Sobre todo, el sacerdote debe ser un hombre de la Eucaristía con un corazón eucarístico; reflejando su sentido con una vida llena de acción de gracias, oración y misericordia. «Si la Eucaristía es centro y cumbre de la vida de la Iglesia, también lo es del ministerio sacerdotal».¹⁸ La maravilla de poder compartir esta gracia perfecta nos humilla. Los sacerdotes son desafiados a cumplir la promesa que hicieron en su ordenación: «Considera lo que realizas e imita lo que conmemoras, y conforma tu vida con el misterio de la cruz del Señor».¹⁹ La vida del sacerdote se convierte idealmente en una oración, y debe ser derramada por los demás.

Cristo verdaderamente presente en la Palabra

«[Cristo] está presente en su palabra, pues cuando se lee en la Iglesia la Sagrada Escritura, es Él quien habla».²⁰ Sus palabras siempre dieron vida efectiva. Ofrecían sanación, consuelo, esperanza y desafío, e incluso podían resucitar a los muertos.²¹ No son menos eficaces y

¹⁷ Cf. *Instrucción General sobre el Misal Romano* (IGRM), 3ª edición, n.º 24

¹⁸ Papa San Juan Pablo II, Carta Encíclica, *Ecclesia de Eucharistia*, n.º 31

¹⁹ Cf. *Rito de ordenación sacerdotal*

²⁰ *Sacrosanctum Concilium* n.º 7

²¹ Cf. Juan 11,43; Lucas 7,14

poderosas en el contexto de la Misa, donde las palabras crujen con inspiración y proporcionan dirección y luz siglos después de que Jesús las pronunciara.

La Liturgia de la Palabra y la Liturgia de la Eucaristía son inseparables y están tan íntegramente conectadas que es imposible imaginar una sin la otra. La conmemoración de la historia salvadora de Dios nos empuja a recordar el acto salvífico definitivo de la cruz y la resurrección. Los corazones son abiertos y transformados por la Palabra, para que puedan recibir todos los beneficios del sacramento. El amor y la gracia proclamados en la Palabra se manifiestan en la Eucaristía que recibimos.

Cristo verdaderamente presente en el pueblo de Dios: un signo vivo de nuestro discipulado y de nuestro hacer discípulos

Como Cristo prometió: «Porque donde hay dos o tres reunidos en mi nombre, yo estoy allí, en medio de ellos». (Mateo 18, 20). Él está profundamente presente en la asamblea eucarística, porque ella es la receptora de su don gratuito. La asamblea, transformada por la Eucaristía, sale hacia afuera como Cuerpo de Cristo, para ser sus testigos. Se nos recuerda esto durante la despedida al final de la Misa: «Anuncien a todos la alegría del Señor resucitado. Vayan en paz... Glorifiquen al Señor con sus vidas. Vayan en paz». En su canto, oración y reflexión silenciosa, el Pueblo de Dios reunido en torno al altar da a conocer a Cristo Jesús.

Este regalo impresionante también conlleva una responsabilidad proporcional. ¿Cómo estamos dando a conocer a Cristo? ¿Estamos realmente permitiendo que Cristo llene nuestras vidas en la Misa preparándonos de la manera más diligente y entusiasta? Podemos estudiar las lecturas de la Misa y aprovechar los tremendos recursos de formación en la fe para los adultos. Debemos recibir el Sacramento de la Penitencia, para deleitarnos plena y verdaderamente en el amor y la misericordia de Dios experimentados en el perdón de los pecados y para cumplir el precepto de la Iglesia de recibir la Eucaristía sin mancha de pecado grave. No debemos evitar la penitencia personal y la reconciliación; porque el Señor nos mandó dejar nuestra ofrenda en el altar para reconciliarnos unos con otros, para que nuestra recepción de su Cuerpo y Sangre sea pura.²² Incluso nuestro vestido, nuestra atención y nuestra postura hablan de cómo damos vida a Cristo en la Misa. Una prueba que me gusta usar es preguntar: «¿Y si Jesús estuviera en la asamblea con ustedes, o al lado de ustedes en la fila de la Comunión? ¿Harías algo diferente?». Por supuesto, él está allí en la fila con ustedes, así como en el Sacramento, porque está presente entre nosotros.

El Pueblo de Dios tiene funciones particulares en la liturgia; funciones que han cobrado especial relevancia desde el Concilio Vaticano II. Cada uno de estos ministerios nos revela y nos permite

²² Mateo 5,24

experimentar a Cristo entre nosotros. El primero de estos roles son los diáconos dedicados al servicio. Tienen la oportunidad bendita de proclamar el Evangelio, predicar y levantar la preciosa Sangre de Cristo. «Sirven al Pueblo de Dios en el ministerio de la liturgia, de la palabra y de la caridad».²³ Como los primeros diáconos debían proveer para los pobres, su presencia es un recordatorio de la justicia y compasión que fluyen del cáliz, con el que los diáconos tienen una relación especial.²⁴

Los lectores, que comparten «las palabras de la vida eterna» (Juan 6, 68) deben prepararse con la práctica y con la oración. Como proclamadores de la Palabra de Dios, deben hablar de una manera clara y sin prisas, nunca «leer» como se lee una lista de la compra, sino mostrar una apreciación amorosa del mensaje que llevan. A los ministros extraordinarios de la Sagrada Comunión se les ha dado una responsabilidad, tal vez inimaginable para las generaciones anteriores de laicos católicos. Deben servir con gran solemnidad y humilde alegría. Los ujieres y los ministros de la hospitalidad están encargados de tener la misma actitud acogedora que Cristo, especialmente hacia los niños y los «forasteros», a quienes Jesús siempre prestó especial atención. Los monaguillos deben estar bien formados y tener una buena comprensión de la liturgia, para que puedan realizar sus tareas con confianza y sin prisas, con reverencia, y servir como signo de la esperanza de las generaciones. Sobre todo, es a través de la recepción semanal de la Comunión por todo el pueblo de Dios que verdaderamente mostramos nuestra reverencia y acción de gracias a Dios.

Practicar la presencia de Cristo

No es la oración la que existe en el tiempo; es el tiempo el que existe en la oración. Estamos «atrapados» en la eterna oración de Jesús al Padre, unidos a él en el Espíritu Santo. Este mismo Espíritu nos impulsa en todo momento a dar alabanza y gloria a Dios, a hora y a deshora, ya sea «en» la iglesia o no. Así que busquemos maneras de extender nuestra conciencia eucarística, nuestra «conciencia eclesial», podríamos decir, a lo largo de cada momento de nuestro día. Además de ir a la iglesia, llevamos la iglesia dondequiera que vayamos.

La presencia de Cristo continúa en la congregación de los fieles y en el corazón y el alma de cada creyente, incluso más allá de nuestra celebración de la Misa. Santificados por la presencia de Dios en nosotros, nos convertimos en «tabernáculos» del Espíritu Santo. El respeto por la dignidad de cada persona humana fluye, en parte, de nuestro ser creados desde el principio «a imagen y semejanza de Dios» y, de manera más notable, de ser hechos receptores de la presencia real de Jesucristo, a través de quien nuestra humanidad es bendecida aún más al llegar a ser una morada adecuada de la divinidad.

²³ *Lumen Gentium* n. ° 29

²⁴ IGMR, n. ° 94

Este misterio vale la pena contemplarlo, porque su gracia irradia mucho más allá de nuestra plena participación en el Santo Sacrificio de la Misa. Nuestra actitud y comportamiento al salir de la Misa debe mostrar el amor y la reverencia por la Persona divina que hemos recibido en nuestros corazones y almas. Nuestra manera de hablar y de vestir, nuestro comportamiento público y privado, nuestro respeto por todas las personas que encontramos —incluso en la carretera en medio del tráfico, en el centro comercial o en la calle después— es un signo —a menudo una prueba— de la profundidad y sinceridad de nuestra fe y de nuestros cuerpos santificados. Todo nuestro ser y todo lo que hacemos debe reflejar la dignidad en la que somos creados y recreados a través de la gracia redentora de Dios.

El tiempo dedicado a reflexionar sobre la presencia eucarística en nuestro culto comunitario y en nuestra devoción personal puede enriquecer nuestra experiencia de su poder transformador. Podríamos llamarlo «practicar la presencia de Cristo». Dejamos que las semillas del amor de Dios, su presencia personal plantada en nuestros corazones, echen raíces profundas y crezcan. Abrimos nuestras mentes y nuestros corazones a donde el Espíritu de Dios pueda dirigirnos, pasando algún tiempo en oración, quizás antes o después de la Misa, preparándonos para lo que vamos a celebrar o reflexionando sobre la Palabra y el mensaje que hemos recibido en la Misa.

El Espíritu Santo no está limitado por el tiempo o el espacio. Aunque nuestra devoción eucarística brota esencialmente de la Misa, como toda oración, su poder y sus efectos no están limitados por ninguna experiencia individual de la Misa. No se ve disminuida por el velo de una lengua desconocida en la que podríamos oírla si estuviéramos viajando al extranjero. Su validez tampoco está determinada por la forma en que se celebra, ordinaria o extraordinaria, aunque tengamos una preferencia personal. Por muy importante que sea nuestro entorno litúrgico —y éste debe ser hermoso y cómodo— la majestuosa belleza de la Misa en sí misma no se ve alterada por nuestra comodidad física, la conveniencia del espacio de culto, o incluso lo agradable que puedan ser nuestro celebrante o los compañeros de celebración en un día determinado. Aunque la Misa es verdaderamente «el cielo en la tierra» —nunca estamos más cerca del cielo en la tierra que en la Misa— ir a misa puede que no siempre se sienta como el cielo. Sin embargo, a veces un pequeño sacrificio puede ser saludable, al recordar la conexión de la Misa con el Calvario. «La esencia de la Misa es que Cristo está haciendo una ofrenda al Padre de sí mismo, que fue inmolado por nosotros en el Calvario. La Misa es el Calvario, ahora que Cristo la ofrece a Su Padre», observó Frank Sheed concisamente.

La antigua práctica de la «adoración eucarística» ofrece una excelente oportunidad para prolongar el momento de la presencia sacramental de Cristo. Debe entenderse siempre como una prolongación de la Misa, nunca como un sustituto o una dislocación de la acción en la que

la comunidad de fe celebra la presencia eucarística de Cristo.²⁵ Muchos santos dan testimonio de ello. Su vida y misión recibieron un sentido más profundo, un enfoque y una dirección a través de la práctica de la oración y la contemplación en presencia del Santísimo Sacramento, reservado o expuesto, en los momentos en que no se celebraba la Misa.

En los últimos años he observado cómo, en particular, muchos jóvenes se sienten atraídos tanto por el misterio como por la intimidad que han descubierto en la presencia silenciosa del Señor a través de la práctica de la adoración eucarística. En ocasiones especiales, como la Solemnidad del Cuerpo y la Sangre de Cristo (Corpus Christi), muchas comunidades de fe observarán la tradición de la procesión eucarística. Esto puede tomar muchas formas, incluyendo una marcha solemne, siempre después de la Misa, en la que la congregación acompaña al sacerdote que lleva el Santísimo Sacramento consagrado en la Misa a través de las calles que rodean la Iglesia, en una expresión pública de nuestra fe eucarística.

Cuando era joven, recuerdo que nuestra parroquia celebraba las «Cuarenta Horas», una celebración de dos días que comenzaba después de la última Misa del Domingo de Resurrección. El párroco exponía el Santísimo Sacramento y, durante los dos días siguientes, los feligreses hacían «vigilias» por períodos de una hora. Los monaguillos hacían lo mismo, pero durante el día. Nunca lo olvidé. Cuando miro hacia atrás, fue durante esos períodos de tranquilidad que llegué a apreciar la paz y la serenidad que vienen de sólo estar en la presencia del Señor. Por supuesto, en aquellos días, la única pantalla que teníamos era la televisión y, ocasionalmente, las películas. Pero puedo decirles que durante esas «Horas Santas» supe que estaba más conectado a lo realmente Real que a cualquier cosa que pudiera encontrar en una pantalla. ¡Ahora sé por qué! Si has hecho una hora santa —o incluso una media hora santa— sin duda sabrás a lo que me refiero.

Los participantes en nuestro Congreso Eucarístico en Auriesville el pasado mes de septiembre recordarán que fue una experiencia llena de alegría. Muchos participantes nunca habían experimentado la gran dimensión de la devoción eucarística que se reunió ese día. Sobre todo, personas de toda nuestra diócesis con el Obispo, uniéndose en su centro, tanto geográfica como espiritualmente: fue en esta tierra donde los mártires jesuitas trajeron por primera vez el nombre de Jesús y celebraron su presencia eucarística. La evangelización que llevamos a cabo en toda nuestra región comenzó aquí mismo.

Y hablando de la Evangelización, que siempre brota de la Eucaristía, un fruto espiritual que los que practican la presencia de Jesús a través de la Adoración Eucarística a menudo experimentan es un fortalecimiento de su «oído interno», la capacidad de escuchar a los

²⁵ «Ritual de la Sagrada Comunión y del culto a la Eucaristía fuera de la misa», Introducción General n.º 4; n.º 48-49.

corazones y a las almas. Mientras que toda contemplación puede llevar a una paz interior duradera, cuando está enraizada en la presencia sacramental de Jesús que fluye de la Eucaristía, se convierte en el fundamento de nuestras relaciones con los demás. Esto aumenta nuestra habilidad para conectarnos con ellos, para compartir la alegría del Evangelio, la Palabra que habita en nuestros corazones. Un corazón contemplativo es un corazón paciente. Nada es más propicio para una evangelización eficaz que un corazón que pueda escuchar y responder al corazón de otro que busca la paz que el mundo no puede dar, sino sólo Jesús, el verdadero Pan de Vida.

Transformados en la Eucaristía: una llamada y un desafío

«Si recibes la Eucaristía dignamente, te conviertes en lo que recibes».²⁶ Con estas memorables palabras, San Agustín señaló el propósito de la Eucaristía como transformadora para cada persona y para la Iglesia. Por muy audaz que sea la misión de proclamar a Jesucristo como verdaderamente presente en la Eucaristía, esta misión no se cumple y su presencia no se manifiesta verdaderamente en nuestras vidas hasta que somos cambiados por este poderoso encuentro con el Señor Resucitado. Debemos convertirnos en un pueblo eucarístico cada vez más comprometido, para que todos puedan ver a Cristo en nosotros, su Iglesia.

Transformados en un solo cuerpo

La Liturgia, la obra del pueblo de Dios, tiene un propósito clave al reunir a todos para dar culto a Dios. Por eso es tan doloroso cuando se convierte en una fuente de división. Demasiado a menudo lo que nos divide, por ejemplo, son los estereotipos y las etiquetas anticuadas como «liberal» y «conservador», especialmente cuando se convierten en puntos álgidos para los católicos en asuntos litúrgicos, que no hacen nada para fomentar la unidad. Una palabra que echo de menos del pasado (si hace falta invocar el pasado) es el «diálogo». La escucha respetuosa y la búsqueda de consenso parecen tan poco frecuentes en el discurso civil de hoy en día. Una Iglesia que ha aprendido a fortalecerse a lo largo de unos 2.000 años de transiciones culturales y tensiones familiares debería estar bien equipada para hacer justamente eso; ¡mientras no dejemos que la Eucaristía nos divida!

Un buen punto de partida es reconocer que, ante todo, la Misa es una oración. Para orar bien juntos debe haber orden y consistencia en lo que se espera. Seguir las rúbricas y otras directrices litúrgicas que prescribe la Iglesia universal es un ejercicio de caridad fraterna y de justo sentido común. Es importante hacer las cosas bien, orar como lo indican los ritos, dar un sentido de belleza y asombro a nuestras celebraciones y lograr esa «participación plena, consciente y activa» que nuestra Iglesia exige.²⁷ Si la Eucaristía promete algo, es la unidad; una

²⁶ San Agustín, *Sermón de Pascua* 227

²⁷ *Sacrosanctum Concilium* 14

unidad que nunca se puede dejar de lado para seguir una «agenda», ni para declarar ganadores y perdedores en nuestros gustos litúrgicos. Así que nos centramos en lo que tenemos en común: la fe y la confianza en la presencia sacramental de Jesús entre nosotros y la bondad inherente de unos y otros al celebrar nuestra unidad. También necesitamos permitir que la Eucaristía nos reúna, tener la confianza que la fe trae en su poder inherente para forjar esa unidad, ya que atrajo todos esos granos individuales para formar el único pan y todas esas uvas para llenar el único cáliz desde los tiempos apostólicos. San Pablo denunció la desunión en Corinto porque ésta impedía a la comunidad eucarística formar un solo cuerpo. «Todos nosotros, judíos o griegos, esclavos o libres, nos hemos bautizado en un solo Espíritu para formar un solo cuerpo, y hemos bebido un solo Espíritu». (1 Corintios 12,13)

Al final, la Eucaristía es menos acerca de lo que hacemos, y mucho más acerca de lo que Dios está haciendo en y a través de nosotros. No es tanto nuestra oración como la oración del orador eterno, Jesucristo, el Hijo unigénito del Padre, a quien se ofrece eternamente en el amor del Espíritu Santo, invitándonos a esta vida trinitaria. Así como Dios es uno, así también Jesús ora para que seamos uno en él (cf. Juan 17).

En un nivel más pragmático, si no podemos unirnos, ¿cómo vamos a transformar el mundo por el amor o la justicia que Cristo prometió? Cada miembro de este Cuerpo está dotado de una dignidad que debe ser más que tolerada o respetada. Debe ser considerada como preciosa. Sabiendo quiénes somos y qué se nos ha dado, vemos el mundo a través de los ojos de Aquel cuyo Espíritu vive en nosotros. Así, cada niño no nacido, cada moribundo, cada inmigrante que lucha, cada persona desfavorecida, discapacitada o empobrecida se une a nosotros. Como pueblo eucarístico, estamos con ellos como un solo cuerpo, que nunca puede ser dividido.

Transformados en la misericordia y ser misericordiosos

De una manera casi insondablemente creativa, Jesús sostiene y conmemora su misión de misericordia a través de la Eucaristía. Como portadores de Cristo, llevamos ahora la misión de la misericordia que fue la vida de Jesús. Debemos perdonar, hacer las paces, reconciliarnos y sanar como él lo hizo. Cuando termina la misa, la despedida «pueden ir en paz» no es un final, sino un comienzo. Es una comisión para la misión semanal de extender el toque misericordioso y amoroso de Jesucristo. Estamos llamados a ser Cristo para los demás, su cuerpo vivo que todavía funciona y conforta y transforma los corazones.

Transformados en vida eterna: un anticipo y una promesa

A una persona moribunda se le da la Eucaristía a través del rito del «viático», o alimento para el viaje. Es un recordatorio del puente que la Eucaristía construye hacia el cielo, porque el Jesús que los ángeles contemplan es el mismo Jesús que viene a nosotros en el altar incluso ahora. Él trae la salvación a sus santos, los que han llegado a conocerlo a través de la fracción del pan.

«La Eucaristía es verdaderamente un resquicio del cielo que se abre sobre la tierra. Es un rayo de gloria de la Jerusalén celestial, que penetra en las nubes de nuestra historia y proyecta luz sobre nuestro camino».²⁸ Inevitablemente, sentimos una cercanía inspiradora con aquellos que nos han precedido, porque en el momento de la recepción, nos acercamos lo más posible a lo que nuestros seres queridos celestiales hacen en cada momento: contemplar la gloria de Dios. Es el fundamento de nuestra teología de la comunión de los santos.

Transformados en la alegría y la acción de gracias

La noche que fue traicionado, negado y abandonado por sus amigos, cuando vio lo peor a lo que nosotros, en nuestra humanidad caída, podemos descender, nos dio un regalo para ver lo mejor de nosotros mismos. Esta profundidad de amor incomprensible es la razón de nuestra alegría y de nuestro agradecimiento. Después de todo, la palabra «eucaristía» significa «acción de gracias», por lo que lo que podríamos llamar un «pueblo eucarístico» se refiere a nuestro estilo de vida y a una actitud que consiste en dar constantemente gracias a Dios: de transformarnos en Aquél que acabamos de recibir. Muchos escritores espirituales nos dicen una y otra vez que esta «actitud de gratitud» está en la raíz misma de una vida humana y espiritual sana.

Porque somos hechos «santos», una palabra esperanzadamente no anticuada, que no habla de superioridad o arrogancia, sino que humildemente nos considera bendecidos. A través de la Eucaristía, somos santificados cuando Cristo nos confiere sus dones. Él literalmente sale a nuestro encuentro allí donde estamos, en medio de nuestras familias y nuestra comunidad. Sin embargo, no quiere que nos quedemos donde estamos. Él quiere que su Cuerpo y su Sangre lleven a las personas a una mayor misericordia y paz, a una mayor felicidad y bendición, a una mayor justicia y esperanza. En última instancia, quiere que la Eucaristía edifique el reino de Dios en la tierra mientras nos preparamos para su regreso en gloria.

En este sentido, nos hemos dado cuenta de que la Eucaristía está en el corazón mismo de la evangelización. La Eucaristía nos alimenta, y no sólo nos da la fuerza para ser verdaderos discípulos del Señor; sino también el valor e incluso la motivación para compartir con los demás el don que hemos recibido. Como dice un escritor contemporáneo: «La evangelización no es una dimensión añadida a la Eucaristía, sino que es en sí misma una experiencia evangelizadora... comemos y bebemos el cuerpo y la sangre de Cristo para llegar a ser el cuerpo de Cristo para el mundo».²⁹

Esta es la promesa de todos los creyentes. Nosotros, los que poseemos y estamos destinados a la gloria, debemos compartir esa gloria ahora. Nuestro «Amén» al recibir la Comunión es un

²⁸ *Ecclesia de Eucharistia*, 19

²⁹ Rivers, R. *From Maintenance to Mission, Evangelization and the Revitalization of the Parish [Del mantenimiento a la misión, la evangelización y la revitalización de la parroquia]*, págs. 101-102.

«sí» rotundo a todo lo que Cristo es. Es este «Amén» que afirma que aceptamos lo que realmente es la Eucaristía: Jesús dentro de nosotros y Jesús transformándonos. Sería deshonesto —por decir lo menos— recibirla sin ninguna expresión de nuestro libre albedrío de al menos querer amar a Jesús como él nos ama. Sin este amoroso y sincero «Amén», el don no se recibe realmente, y la Eucaristía sería tratada como una parodia, sacrílegamente, una contradicción de sí misma.

Ese «sí» significa recibir a Jesús en sus términos, no un Dios creado o imaginado por nosotros, sino el verdadero Dios que vivió entre nosotros y nos salvó. Ya que él nos escogió para ser el Cuerpo de Cristo, tuvimos que ser creados con un conjunto único de dones, talentos y carismas que no se encuentran en nadie más. No somos necesariamente personas dignas, pero Cristo infunde en nosotros una dignidad que nos hace más bellos, valientes y amorosos de lo que nos atreveríamos a ser por nuestra cuenta. En la Eucaristía, podemos vernos a través de los ojos de nuestro Creador. Esto nos lleva a una realización fundamental, al redescubrirnos a nosotros mismos a través del don misericordioso de Cristo. Si lo piensan, es imposible recibir la Comunión de buena fe sin ser cambiados, porque nos permite conocernos a nosotros mismos como Dios nos conoce. ¡Qué increíble es eso! Nos quita la presión de tener que hacer o reinventarnos y definir y defender nuestra propia identidad. Convertirse en lo que realmente somos a los ojos de Dios es la clave verdadera y universal para la felicidad y la realización humana; y este es el don precioso que tenemos en la Eucaristía.

No es de extrañar que la Eucaristía nos convierta en un pueblo de alegría y de acción de gracias, si nos damos cuenta de ello y la recibimos tal como ella es. Desde el principio, Dios ha usado la creación para comunicarnos su amor por nosotros. El pacto de Dios con Israel fue una señal de su deseo de salvarnos. Y en la plenitud de los tiempos envió a su Hijo. Desde su encarnación hasta la última cena, pasando por su muerte y resurrección, y hasta hoy, Jesús tiene un deseo eterno y ardiente de estar con nosotros y en nosotros. No fue por su propia paz, sino por la nuestra que extendió sus brazos en la cruz. No fue por su propia salvación, sino por la nuestra que resucitó de entre los muertos. Profundamente arraigado en nuestro ser está el deseo de estar con el Dios que siempre nos desea. La Eucaristía es el cumplimiento en la tierra de esa búsqueda. O, dicho de otra manera, la Eucaristía trae el cielo a la tierra.

Con la presencia eucarística de Jesucristo en nuestras vidas, podemos vivir una vida sin miedo ni soledad. Porque si Dios está con nosotros, ¿quién puede estar contra nosotros? El hambre del alma que ha llevado a tantas personas en nuestros tiempos a buscar un falso consuelo en cosas que no pueden satisfacer este vacío es en realidad un anhelo por la eternidad, y por el Dios que ha creado nuestras almas con esta hambre de cielo, una eternidad con Dios.

Nuestra búsqueda sin fin de sentido sólo termina en el camino hacia Dios. Diariamente nos hacemos eco de las palabras de San Agustín: «Nuestros corazones están inquietos hasta que

descansen en ti».³⁰ El «yo» y el «nosotros» que descubrimos en la Eucaristía es nuestro verdadero yo redimido y transformado por Dios. Ante el espejo de su amor, gracia y misericordia, encontramos nuestro único ser verdadero en el corazón del Padre que todo lo ama —que es el Espíritu Santo— dándose completamente a sí mismo a través del Cuerpo y la Sangre de su Hijo. ¡Todo esto y el cielo también! Este es el sacramento de la alegría, porque en la Eucaristía hemos encontrado el amor perfecto. El amor que dura. Y ese amor nos ha abrazado y nos hace hermosos.

Epílogo

A todo aquel que esté agobiado por las heridas sufridas por los pecados de cualquier miembro del cuerpo de Cristo —por la misma Iglesia—, no te desanimes. El rostro herido de Cristo te mira con tierno amor. Su presencia eucarística es la misma, ayer, hoy y mañana.

Antes de enviarnos a ayudarnos unos a otros, Jesús viene a salvarte personalmente, sólo para él mismo, ¡porque te ama! Deja que se quede contigo. Deja todo y quédate en su amor. Muchos que dejan la familia de la Iglesia, o la práctica de estar con ella en la Misa, anhelan esta paz de su Presencia. Los sobrevivientes de abuso por parte de clérigos o miembros de la familia, que sienten que viven en el exilio, a menudo hablan de este anhelo.

Todos los que buscan la paz, vengan al corazón de Jesús desde todo el ajetreo, el ruido y los enredos que nos atan a nuestros aparatos electrónicos. Y traigan a un amigo, que tal vez no haya tenido tal invitación en mucho, mucho tiempo. Para ese ser querido, ustedes serán un salvavidas.

³⁰ San Agustín, *Confesiones*, Libro X